

# Creadores Literarios



**Poesía  
Cuento  
Microrrelato  
Audiocuento  
Cartas a Jaime Alfonso Sandoval**

# Creadores Literarios





# Creadores Literarios



**Poesía**

**Cuento**

**Microrrelato**

**Audiocuento**

**Cartas a Jaime Alfonso Sandoval**



## Universidad de Guadalajara

Karla Alejandrina Planter Pérez  
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea  
Vicerrectoría Ejecutiva

César Antonio Barba Delgado  
Secretaría General

## Sistema de Educación Media Superior

Carmen Margarita Hernández Ortiz  
Dirección General

Araceli Ambriz Ramos  
Secretaría Académica

Denisse Cecilia Flores Somarriba  
Coordinación de Difusión y Extensión

## Editorial Universidad de Guadalajara

Sayri Karp Mitastein  
Dirección

## Feria Internacional del Libro

Marisol Schulz Manaut  
Dirección

## Fondo de Cultura Económica

Paco Ignacio Taibo II  
Dirección



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Primera edición electrónica, 2026

D.R. © 2026, Universidad de Guadalajara



Liceo 496, Col. Centro  
44100 Guadalajara, Jalisco



Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39  
interior 32-33, Industrial Los Belenes  
45150, Zapopan, Jalisco

ISBN 978-607-581-991-4

DOI: <https://doi.org/10.32870/9786075819914>

Hecho en México  
*Made in Mexico*

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara; por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes. Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos, o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Hay algo en la página en blanco que intimida. Un silencio que nos confronta. La incertidumbre de encontrar las palabras precisas, de esculpir nuestros pensamientos y lograr que nuestra voz resuene. El temor a no completar las líneas, a perdernos entre párrafos y no saber cómo cerrar la historia; y, sin embargo, cada año, cientos de nuestros jóvenes estudiantes se enfrentan a este miedo y eligen, deliberadamente, escribir.

Eso es valentía: la que se ejerce para combatir el silencio y dar forma a ideas o sentimientos. La de atreverse a elegir las palabras para compartirnos un fragmento de su mundo, aun sin la certeza de cómo será interpretado.

Las y los alumnos que participan en el concurso Creadores Literarios FIL Joven muestran una determinación admirable. Desde hace más de treinta años escriben cuentos, microrrelatos, poemas, elaboran audiocuentos y cartas que surgen de la autenticidad de quienes aprenden a reconocer su propia voz. Más allá de escribir textos, nos ofrecen un vistazo a su interior; al ordenar y plasmar sus ideas nos comparten aquello que sienten, lo que temen, lo que padecen, lo que anhelan, lo que son. Leerlos y volvernos partícipes de

tal acto de entrega es un privilegio que nos regalan a todas y todos nosotros.

Desde el Sistema de Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara celebramos a las y los Creadores Literarios FIL Joven 2025. Este concurso representa un espacio en el que nuestros estudiantes pueden explorar, experimentar y descubrir que la literatura no es un territorio ajeno.

Este volumen reúne aquellos textos que, por su riqueza, fueron seleccionados como ganadores. Aquí encontraremos una diversa muestra de lo que nuestras jóvenes promesas literarias pueden crear una vez que vencen el miedo.

Fomentar la escritura entre las y los estudiantes es apostar por el pensamiento crítico y por la construcción de una comunidad que valora la palabra. En el marco de la feria del libro más importante de Iberoamérica, el concurso llega a su tercera década como uno de los referentes literarios del estado. Los textos aquí reunidos son testimonio tangible de un compromiso que se fortalece con la participación de cientos de jóvenes que han inmortalizado sus letras a lo largo de cada volumen publicado.

Invitamos a los lectores a acercarse a estas páginas con la misma apertura con la que fueron escritas. Aquí están las voces de quienes se atreven a mostrarse, y esperamos que sus palabras encuentren eco en nuestros propios universos y búsquedas.

Cada frase es un gesto de resistencia contra el silencio; una celebración de la imaginación como herramienta de construcción. Nuestros estudiantes no escriben desde la certeza, sino desde la búsqueda. Y en esa búsqueda, nos

invitan a acompañarlos: a leer con los ojos abiertos y el corazón dispuesto.

Este libro, propone preguntas que se sienten en la piel: ¿qué significa habitar un cuerpo en transformación?, ¿cómo se vive el amor cuando aún no sabemos del todo quiénes somos?, ¿qué lugar tiene la esperanza en un mundo que a veces parece desmoronarse?

Leer esta obra es entrar en un espacio de escucha. Es reconocer que la juventud no es solo una etapa, sino una potencia; que las letras no son un lujo, sino una necesidad; que cuando se escribe desde el anhelo por comprender y transformar, se está haciendo algo más que literatura: se crea comunidad.

Que cada página sea una chispa. Que despierte la curiosidad de un lector ávido por imaginar y explorar nuevos mundos: los que pertenecen a las y los jóvenes del estado.

Carmen Margarita Hernández Ortiz  
Directora General del SEMS



# Poesía



# Es inútil escribir poesía

**Angélica Martínez**

Si alguien me preguntara: ¿qué utilidad tiene escribir poesía en estos tiempos?, respondería con una poderosa paradoja. Tal como Ocean Vuong, afirmarí­a que la poesía es tan necesaria como el pan. En ella habita lo que el lenguaje ordinario no puede expresar: un lugar de contención para la existencia y la emoción. Un refugio donde lo humano encuentra sentido cuando todo lo demás, lo supuestamente útil, falla.

En general, la escritura es un ejercicio de la memoria que nos devuelve humanidad; una postura crítica frente al olvido y frente a la propia existencia. Hay quien escribe por impulso desde el dolor, la impotencia, el éxtasis, la alegría, la agonía, la paz o la belleza, y este acto —solitario y personal— logra desafiar la pasividad, la manipulación del lenguaje y la indiferencia impuestas por el poder o por la velocidad del mundo hiperconectado y acelerado.

La escritura, especialmente la poesía, exige tiempo, atención, lentitud, contemplación; exige detenerse y mirar de otro modo. Escribimos para no olvidar y para no ser olvidados. Por ello, escribir y leer resulta catártico. El acto de escribir, precisamente porque es “inútil” en términos funcionales o mercantiles, se vuelve radicalmente humano: una barrera

frente a la deshumanización, la afirmación de que el sentido y la belleza son tan vitales como el pan.

Este acto vital se convierte en una herramienta metafórica que nos permite suturar heridas, reconciliarnos con las partes rotas; un acto de fe en la existencia y una forma para devolver belleza, ternura, fragilidad; poner luz donde hay sombras —o viceversa—: el punto de encuentro para revisar y resignificar la existencia y la historia.

En este sentido, la poesía es tan útil como el pan y tan inútil como la rosa. Escribir es una manifestación de la vida. Escribir poesía es la defensa de la contemplación, la última trinchera entre la imaginación y la realidad. Hay un antes y un después de un poema.

En las siguientes páginas leeremos a los cinco jóvenes poetas ganadores de Creadores Literarios FIL Joven 2025: Oswaldo Javier Romero Covarrubias, Jesús Emiliano Lara Mendoza, Oscar Joel Sánchez Hernández, Naomi Victoria Gámez Arteaga e Ivon Samadhi Zinzun García. Ellos nos muestran que escribir poesía en estos tiempos sincréticos no solo es refugio y resistencia, sino también un acto creativo potente, profundo y esencialmente humano. Que leer y escribir poesía nunca pasará de moda en estos tiempos digitales, pues es la representación más pura de la lentitud y la apreciación: una necesidad vital que nutre el espíritu, de la misma forma que el pan nutre el cuerpo. Así, escribir poesía se convierte en un ejercicio ético y un testimonio esencial de nuestra frágil y profunda humanidad. Felicidades a los ganadores.

**Oswaldo Javier Romero Covarrubias**

[<<Wado>>]

Preparatoria 8

## **El vaso que no se rompe**

Hoy desperté con un nudo de hilo negro,  
apenas visible,  
pero enredado en todo.

Los platos me miran desde el fregadero  
como si supieran algo que olvidé.

No grito, no lloro,  
solo camino lento  
como si el aire pesara más que yo.

Hay un vaso en la mesa  
que lleva días sin moverse.  
No lo lavo.  
Tampoco lo rompo.  
Solo lo dejo ahí,  
para que algo me acompañe  
sin hablarme

## Días sin nombre

Los días ya no tienen nombres,  
solo formas:  
algunos son largos  
como pasillos de hospital,  
otros cortos  
como la llama de una cerilla mojada.

Me he vuelto experto en fingir interés,  
en sonreír con las cejas,  
en decir “todo bien”  
sin mover la boca.

No es tristeza.  
Es otra cosa.  
Una sombra que se sienta conmigo  
y me explica el silencio  
como si fuera una ciencia.

## Carta que no envió

Hoy escribí una carta  
a nadie.  
Dije: “Estoy aquí,  
pero sin estar”.  
No la firmé.  
Tampoco la rompí.  
Me quedé mirándola  
como se mira un espejo roto:  
no por lo que refleja,  
sino por la forma  
en que parte la imagen  
en mil versiones  
de lo que fui.  
Si un día no regreso,  
no es porque no quiera.  
Es que a veces  
volver pesa más que irse.

**Jesús Emiliano Lara Mendoza**

[<<Nano>>]

Preparatoria 8

## **No me veas**

Grítame.

No me mires,  
no lo merezco.

Respira lento,  
tiembla

Yo estoy temblando.

No, no te merezco.

Déjame,  
solo necesito un  
respiro más.

Un suspiro frágil.

Un silencio que me abrace.

## Llévame a la azotea

El concreto está tibio.  
La ciudad respira lento  
Mi sombra tiembla.  
Un paso.  
Otro.  
Mis rodillas no dudan.  
El cielo no parpadea.  
El aire sube,  
no me abraza.  
Late.  
Algo late.  
No sé si es miedo,  
o solo vértigo  
Quisiera llorar.  
No puedo.  
Me siento.  
Contemplo.  
El mundo sigue sin mí.  
Hay ruido abajo.  
No llega hasta acá.  
Todo es más claro desde aquí.  
Un pájaro pasa.  
No me mira.  
El viento empuja.  
No lo detengo.  
Esta altura.  
Me promete olvido.

No exige nada.  
Quiero flotar.  
Quiero callar.  
Quiero detener el peso.  
Los ojos se cierran.  
El cuerpo se afloja.  
Nada duele ahora.  
Pero todo arde.

## Eco de la vida

Me deshilo.  
Veo todo,  
todo está ahí,  
suspendido,  
Lejano.

Empieza lo inevitable.  
Las palabras se pierden.  
Lucho,  
mi cuerpo me desconoce.  
No responde.

La vista se apaga,  
El mundo se deshace conmigo.  
Ya no siento la piel,  
ni el pulso que me olvida.

Solo queda un susurro.  
Un eco perdido.  
No quiero.  
Ya es tarde.  
Una última respiración,  
Y después.  
El silencio.



y olvido las espinas

que escupí

en silencio

## 2

Esta melancolía no desaparecerá. No.  
Hasta sentir los labios recorriendo  
mi espalda

Que el polvo nos lleve  
que el viernes no acabe  
que la celosía me sujete, me lleve

Y me torture  
que muera para recordar que puedo hablar  
la ventana refleje todas mis palabras, que me visiten y  
piensen  
en que nunca he sido tan callado

Me crecerán alas y serán la extensión de todo mi amor  
pero envidiablemente mío y la melancolía de la celosía y  
del café  
sean para los más perdedores  
y que supe que estuve ahí

Mis lágrimas serán tu lluvia y arruinarán tu cigarro,  
la cajetilla completa

No me verás caer.

Solo esta noche, esta noche  
no puedo serte útil  
cerraré la celosía, aventaré la taza a la pared decepcionado

mi cabeza estará en su lugar  
y volveré a mostrarme  
débil  
Dueño de mis sueños  
Hasta que llegue al menos  
una mujer  
y deje mi espíritu a su desgracia  
ojalá muerda otra vez el polvo y extasiado tragarme toda la  
luz del cristal  
pero acompañado

—sería bueno

y al final rasgar mis alas en una manta y en el confort  
besarías mi carne: amor

### 3

Mi papá es de aquellos  
una más  
solía presumir su inagotable...  
es incertidumbre, nadie me exoneró,  
sin embargo, fue un cabrón  
y el colofón

de tristeza  
me dejó huérfano  
a mártires de mi río  
mi gracia se volvió vuelta en mantra y lograste  
cambiarlo todo con tu egoísmo

te idolatraba

era un perro sin cadenas firmes

te amaba

a campo sabiendas de tu mediocre

furor cobarde

canalla

párate y toca tu semejante,

arrepíentete y escúpeme tu bilis

aunque supiste mentir, apretaste mis costillas en una  
[manta dura, un textil que tenía tu olor, un pobre hombre  
suelto, hecho canalla lenguado en cochinado con labia  
aprendí que el amor paternal  
se convierte en algo parecido  
al fraternal  
en el  
    espiral  
que como un cono de nieve aspiraste: maldito malicioso  
    (la nieve que llega a representar mi inmadurez;  
golosina de morro  
y aquí rompo paréntesis  
para que sea la gota del sudor de la frente lo que rompa la  
página, no las lágrimas

tú provocaste dolor  
tu nombre en fuego  
ya no es el génesis  
que metió mi abuela  
eres canalla

Me ahorraría escribir la parte dos de cualquiera de mis  
berrinches que hice por ti  
porque te quiero  
—palabras que apuntan un arma entreceja  
a quienes lastimaste canalla

tu seudónimo me aterrera  
y el estrato está aún más cerca

si tuvieras exoneración  
a cambio de un frasco de lágrimas ¿las tomarías canalla?  
ahora recibo la bendición de un dios al que ni tú ni yo  
creíamos

porque éramos juntos y aparte  
borregos negros

—deslanado y sin feria  
¿Dónde estás?  
¿Qué haces?

duerme tranquilo, canalla  
aún te quiero (solo yo)

temo el control y juego a ser dios  
sabes que tienes cachito de mi corazón  
llorarías  
si todos te exiliamos ¿no?

este es mi epíteto a mi carencia paternal inherente  
que yo solo necesito  
menguabas mi poder espiritual y sucumbí a tu  
palma reconfortante  
que hacía reacia nuestra conexión  
el grito ahogado  
muerto está  
en mis pulmones *smog*  
y lo reciclo a mi cabeza  
por eso estoy podrido  
porque  
el gusano es come hombres

#### 4

¿Tienes miedo al silencio?  
Pues he de partir en un velero  
convertirme en cosmopolita  
y no escuchar el eco de peces raros

La inmadurez me somete  
ya no  
ya no palabras afiladas

No quiero escuchar a los ojos de la gente  
es una rutina aterradora

Me volveré cotidiano  
un cotidiano que volverá a su hogar

y hará su cueva  
y hará las nuevas alegorías cotidianas

¿Cómo me ve la gente?  
inmaduro  
loco con mucha lengua y voz estridente  
sutil canalla

Pero he hecho amigos fieles

¿Tienes miedo al silencio?  
Tengo miedo de convertirme en él  
hablo falacias  
hasta acabarme la lengua y ahora  
me quedo sin dientes

La masturbación es lo menos excitante  
sueño:  
que el velero se hunde y agarrarlo con madurez

Ser fiel a mí  
y rodar la cinta  
hacia mi cuello,  
pero para que vea la función cualquiera  
que me vea ahogado  
con voces raras

Y en su velero  
busqué mi pez

y floté a tierra infértil  
y convierta mi semilla  
en tierra mojada

Y mi brillo  
inmaduro estridente resuena en ecos más profusos  
y el héroe que violó el verbo que intimida a otros  
se convierta  
en mi cara

¿Tienes miedo?

De no morir  
de esta manera  
apantallante

sutil

hecho

a

mi

nombre

**Naomi Victoria Gámez Arteaga**

[<<Paleoponk>>]

Preparatoria 19

## **Tallando en mármol**

Exhalan una dulce suavidad  
que retumba en mí  
pero juntos suenan a la nada,  
laten fuera de tiempo.

No es una llamarada,  
ni se asemeja a flores blancas,  
son las consecuencias de la muerte de una estrella,  
las esporas de una grieta prematura.

Que se vuelve insaciable, una plaga indomable  
y me dices que se parece un poco a amar  
lo que para mí es una muerte que no deja de morir  
y la arreglo rompiéndola cada vez más.

Le sonrío a tu tipo, mi tipo:  
Parásitos del peligro,  
envenenen lo que aún es mío,  
para no darme cuenta que somos uno mismo

Uno mismo,  
cargando el gusto metálico de un sofocante verano,  
un cazador no nato, con tu mismo gruñir despiadado.

Apenas nota que sus dientes están tan afilados,  
como las dagas que tanto había envidiado,

que obedece solo a la desobediencia  
y se somete a la imprudencia.

## Tactismo

Mapa cárnico de vértigo desnudo,  
brújula maldita, mala compañía,  
que me descarrila  
al fin del mundo.

Minutero suicida, invertebrado sanguinario,  
se desborda, se despoja  
de sus pecados.

Enlaces marinos apuñalan sus costados,  
una estrella, taciturna y vagabunda,  
te eclipsa, te ahogas,  
a kilómetros  
de la costa.

## Ícaros

Las naves más orgánicas del mundo,  
con destino a ningún lugar,

son concebidas en tierra árida,  
sustentada por municiones,

antagonistas del crepúsculo,  
que susurran gritando.

Demasiado rápidos y no les basta,  
dominando trazos desdibujados,  
náufragos que seguirán navegando.

**Ivon Samadhi Zinzun García**

[<<Centinela de la Luna>>]

Escuela Vocacional

## **Poemario de podredumbre**

un pobre pajarraco difunto  
sobre tierra murió en la desgracia  
entre versos su cadáver florece  
(los matices de la poesía)

### **Museo es el hoy vivir**

El anteponer la apariencia, atrofia la odisea;  
el sucumbir a la prisa, extingue la conmoción.

Vida es hoy, vida es aquí.

Bella ilusión, aquella, la existencia,  
cuando en la simpleza se allana,  
sin pies apurados, sin mente trémula,  
cuando en la quietud, escuchada, la brisa canta.

Plenitud rotunda, esa, al subsistir,  
con la avaricia bajo las suelas derrotada;

goce psíquico pleno en la simpleza de vivir,  
desglosando a cada olmo con la mirada,  
con la vista inquieta cual niño maravillado,  
que en el resplandor colosal de la luna,  
hasta en el minúsculo andar de la oruga,  
halla más valor que oro codiciado.  
Vida es hoy, vida es aquí.

Existir monótonamente anhelando,  
es vivir cincelando memorias endebles;  
fragmentando vivencias vueltas bocanadas fútiles,  
que se disipan en recuerdos vueltos vislumbro;  
recuerdos que persisten hasta perecer,  
perpetuados en mera frustración,  
inmaculados de desgarradora desilusión.

Existir desmesuradamente persiguiendo,  
con la esperanza solamente dada al porvenir,  
es permanecer varado en la vasta superficie,  
rehuyendo de la belleza recóndita bajo la mar,  
desdeñando los obsequios que el presente da,  
ensombreciendo el impecable ornamento,  
que al naufragio del hoy vivir da aliento.

Vida es hoy, vida es aquí.

## Previo a la bala embestida

Mírame,  
jadeando, aquí, por vivir,  
no difieras un segundo de mí;  
obsérvame morir en ti,  
obsérvate morir en mí.

Mírame,  
zambúllete en estos ojos;  
que en estos denoto tu reflejo,  
que en estos preciso tus defectos;  
soy tu alma, aquí, arrodillada;  
lentamente vislumbrada,  
reduciéndose a nada,  
vil, impía e inmaculada.

Mírame, mírate,  
estamos aquí, somos dos,  
gozando y fulminando;  
ante la bambalina  
apreciando, a la bondad  
disiparse,  
a la cordura resignarse,  
presenciando a la esperanza febril,  
desertando de nuestra psique banal,  
desistiendo de aquel anhelo demencial,  
anhelo de salvación psíquica frustrado.

Henos aquí, somos dos cadáveres,  
envenenados por la misma hiedra,  
putrefactos en dos distantes veredas.

Mirémonos,  
avancemos,  
mano a mano,  
paso a paso,  
franqueando el último  
umbral, como los muertos que somos;  
yo de vida, ya careciente,  
tú en vida, aún presente.

Somos dos,  
sobre esta sutil línea,  
aunque duales como péndulos;  
un cuerpo sin alma, muerto,  
un cuerpo sin alma, vivo.

## Copa al cielo

Brindo por la voracidad,  
brindo por el mar rojo,  
ese que culmina entre mis manos,  
que empapa mi faz,  
que ensucia mi modestia.

Alzo mi copa al cielo,  
la alzo para suplicar y suplicar,  
perpetuar esta sombría felicidad.

La alzo para anhelar y anhelar,  
el sublevar a los mil vientos estas alas lúgubres,  
esculpidas en el sórdido mármol de la atrocidad;  
colmadas de sollozos que imploraban por piedad,  
emporcadas de esperanzas arrasadas,  
arrasadas por mi despiadada tempestad.

Paredes hogareñas sofocadas de retratos,  
retratos que atormentan,  
de rostros sin rastros;  
de rostros que hoy colman esta copa de auténtico vino  
amargo.

Que mi avaricia me condene,  
pero no en el presente,  
que este apogeo ilusorio he de gozar;  
que en el porvenir se contemple, si se quiere,  
que ahora de la sangre que prolifera la pesadez de este  
néctar voy a disfrutar

¿Qué más da si el precio a deber por mis placeres son  
cadáveres apilados?,  
si vivo cobardemente tras la umbría;  
¿qué más da si llantos y agobios he auspiciado?,  
si la lujuria desenfrenada me deleita cada día;  
¿qué más da si en la miseria me he aprisionado?  
si mañana moriré acogido en mi vil, superficial y absurda  
fantasía.

Entonces por hoy brindo,  
porque no soy más que un cretino,  
un cretino inmundo, desalmado y asesino.

## Crónica de los siete minutos

He aquí,  
sin dicha de postergo,  
el enigma de aquel túnel,  
zambullendo el todo en desasosiego;  
humano primitivo,  
encarando al irrefutable abismo.

He aquí, he ahora,  
conmociones negras,  
pensamientos vislumbrados,  
confluyendo entre ráfagas,  
franqueando umbrales,  
umbrales mundanos frágiles.

Tiempo, materia, espacio,  
dispersándose a bocanadas...

... .. alientos  
... .. monótonos,  
... .. desahuciados,  
... .. exánimes...  
... .. Húmedos de vida...  
... .. disipándose  
... .. en la brisa

... ..

Lánguida aquella línea,

la que dispersa al deleite del mutismo,  
la que distancia al éter,  
,,,,, cuerpo devastado ,,,,,  
de las garras lúgubres del subsuelo.

El terrenal y el trascendental,  
convergiendo bajo el mismo ser,  
acérrimos, guerreros, pugnantes,  
derrocando la suprema dicotomía,  
entre vivir, entre perecer.

Dos duales, alma pugnando,  
exhalo por exhalo,  
la liberación, el retorno;  
cuerpo exigiendo, inhalo por inhalo,  
la rebelión, el postergo.

He aquí,  
último anhelo, pasando,  
paz, aliento, ensimismamiento;  
última catarsis, cobijando,  
el vencedor, incierto, se ha apelado.

Al final,  
ser invicto de piel, ser invicto de razón,  
ser sin vida, sin noción, solo alma,

solo cuerpo, ajenos, vueltos nada;  
el vencedor, certero, se ha apelado.

Cuerpo y alma,  
homogéneos, pares,  
indistintos ante el juicio final;  
hacia al mismo retorno andantes,  
retorno a las zarpas de la tierra.

El vencedor, madre naturaleza,  
su veredicto ha concretado.

## **Musa**

Emanas poesía,  
no por tu belleza,  
tan fugaz y tan mustia;  
no por tu efigie,  
tan degradante y tan breve;  
no por mi sentir,  
tan ensoñado y tan lioso.

Emanas poesía,  
cuando te esfumas de mi precepto,  
con esa excentricidad tan tuya,  
impredecible, intrépida y pura;  
siembras vendimia,  
cuando reedificas la estética,  
con esa jovialidad tan sinigual de tu concepto,  
cándida, afable y mística.  
Te tornas poesía cuando en mí,  
una amalgama de líos desatas,  
pugnando por fragmentar estas alabanzas,  
añorando que oda digna rindan a tu existir.



Cuento



# El hilo joven de las historias

**Luis Martín Ulloa**

Contar historias es una actividad que indudablemente surgió con la humanidad misma. Hoy continúa siendo muy preciada, por fortuna, y nos reúne de nuevo para presentar los textos del concurso Creadores Literarios FIL Joven, en los que Juan Andrés, Alondra Nohemí, Yahir, Camila Monserrath y Katia Carmina demostraron comprender la importancia de fascinarnos con personajes, anécdotas y atmósferas.

A diario convivimos con historias: las que nos llegan a través de películas, telenovelas o series, e incluso las que escuchamos de manera casual en el transporte público, con vecinos o amigos. Hoy, sin embargo, celebramos las que se tejen desde la lengua escrita. Estxs jóvenes autorxs, provenientes de las Preparatorias 6 y 10, Ameca y Tlajomulco, fueron construyendo con gusto y cuidado los textos aquí reunidos, seleccionados entre todos los que llegaron desde las distintas escuelas de bachillerato de la Universidad de Guadalajara. Son historias diversas en temas, miradas y estilos; tan diversas como los seres humanos.

Estas páginas nos permitirán adentrarnos en las rutas que eligieron: al bordear lo paranormal, lo horrífico y lo fantástico, exploramos también las dinámicas del reino animal

y el reconocimiento de las personas de la tercera edad. Así, mediante una familia de aves, Juan Andrés nos remite a las relaciones familiares humanas y la transformación de los vínculos con el paso del tiempo; Alondra Nohemí, por su parte, se ventura en los terrenos del horror a partir de la intriga que experimenta una joven obligada a enfrentarse a una casa embrujada; el relato, aparentemente tierno, de Yahir sobre la relación entre un anciano que vive en un asilo y su perro de compañía oculta una verdad fatal; con un cambio radical de tono, Camila Monserrath aborda el accidentado camino que se recorre cuando se abandona el mundo de los vivos; finalmente, Katia Carmina nos presenta a una niña que debe aprender a dimensionar los riesgos de su poder para manipular el discurrir del tiempo antes de este la sobrepase.

Son cinco historias que, seguramente, avanzaron en espiral por la mente de sus autorxs, sufriendo modificaciones, borrones y añadiduras. Textos que probablemente fueron compartidos con algún amigx que dio la primera opinión. Es reconfortante imaginar la alegría que sintieron al recibir la noticia de que su cuento había sido seleccionado. Muchas felicidades a lxs autorxs y también a sus redes de apoyo, compuesta por familias biológicas y elegidas.

Con gusto, invito al público lector a transitar y dejarse atrapar por estos mundos urdidos desde voces jóvenes, de las cuales ojalá conozcamos más muy pronto.

**Juan Andrés Vélez Muñoz**

[<<Javelmu >>]

Preparatoria 6

## **El vuelo de Matías**

### **El Cascarón**

Allí arriba, entre las ramas fuertes y las hojas susurrantes, nuestra madre había preparado un nido cálido, un refugio que nos salvó de la lluvia y nos protegió del sol y del frío nocturno. Dentro de tres cáscaras, mis hermanos y yo dormíamos, sin sospechar lo que nos estaba reservado.

Yo era el huevo intermedio. Aunque ni siquiera lo sabía en ese momento, de alguna manera ese detalle definiría la historia de mi vida. Al lado estaban mis hermanos: la mayor, Ceci, ruidosa y siempre irritada por la necesidad de apresurarse, como si el mundo la estuviera llamando en voz alta; Antonio, el más joven, siempre en silencio, pero con energía que parecía escapar incluso a través del cascarón.

Nuestra madre nos cuidaba con dedicación infinita. Nuestro padre, según nos contó alguna vez, había desaparecido mucho antes, dejando un vacío que ella llenó con amor y esfuerzo. Aun sin él, jamás sentimos que nos faltara algo: su calor era suficiente para hacernos sentir seguros.

Dentro del cascarón, la vida era fácil. Todo era quietud, todo era silencio. Pero, tarde o temprano, la calma se rompió. Y cuando mis alas tocaron la luz del día por primera vez, entendí que el verdadero viaje apenas comenzaba.

## **El primer vuelo**

Los primeros días en el nido fueron dulces. Mamá traía alimentos, nos arropaba y nos enseñaba a observar el mundo. Desde lo alto podíamos ver cómo el bosque se extendía al infinito y cómo el cielo se pintaba de colores en cada amanecer y cada atardecer.

Ceci fue la primera en atreverse a abrir las alas. Apenas se sostuvo, pero la determinación brillaba en sus ojos. Poco después, Antonio la siguió, riendo como si fuese lo más natural del mundo.

Yo, en cambio, me quedé atrás. El borde del nido era un abismo y mis patas temblaban cada vez que me acercaba. El viento parecía una fuerza salvaje dispuesta a arrastrarme al vacío.

—Vamos, hijo, sé que tú puedes —me animó mamá una tarde.

—¿Y si me caigo? —pregunté con el corazón latiendo tan rápido que sentía que iba a salirme del pecho.

Ella posó su ala sobre mí, con ternura.

—No te pasará nada, te lo prometo.

Respiré hondo, cerré los ojos y salté. El aire me sostuvo y, por primera vez, sentí que era parte del cielo.

—¡Yupi, puedo volar! —grité con alegría, mientras mi madre y mis hermanos me miraban con orgullo.

—Eso, hijo, siéntete libre —dijo mi mamá.

Ese día aprendí que el miedo es solo el primer paso a la libertad.

## Separaciones

Los meses pasaron como ráfagas de viento. Mi plumaje creció, grande y fuerte, y en mi pecho apareció un brillo especial que, según mamá, era el único legado de mi padre.

Mis hermanos fueron los primeros en abandonar el nido.

—Buena suerte, que tengan éxito en la vida —dije a mis hermanos.

Y con esas últimas palabras de despedida, mis dos hermanos se fueron.

Cecilia construyó su propia vida, encontró pareja y tuvo crías. Cada vez que la visitaba, la veía feliz, orgullosa de lo que había formado.

Antonio, en cambio, no tuvo la misma suerte. Un día, en pleno vuelo, un accidente lo arrebató de nuestras vidas. La noticia me destrozó, pero hubo un rayo de consuelo: un niño humano encontró su cuerpo y, con nobleza, le dio un velorio sencillo y bonito. Nunca olvidaré ese gesto; me enseñó que incluso en la tristeza más profunda, la bondad puede iluminar el camino.

Yo me quedé en el nido más tiempo, cuidando de mamá. Cuando llegó mi turno de partir, me despedí con lágrimas en los ojos.

—Ay, mi niño, cuánto has crecido —dijo mi madre entre lágrimas.

—Y eso te lo agradezco a ti mamá, que siempre has estado ahí, en las buenas y en las malas —dije.

Antes de despegar, le dije las últimas palabras a mi madre.

—Te prometo, mamá, que volveré a verte.

Ella sonrió, aunque sabía que la vida era impredecible.

—Vuela, hijo. Encuentra tu propio destino.

No lo sabía entonces, pero aquella sería la última vez que la vería.

## **Amelia**

El viento me llevó a tierras nuevas, donde conocí a Amelia. Desde el primer instante, su mirada fue un refugio. A su lado todo tenía sentido. Reímos, volamos y compartimos cada amanecer.

Con el tiempo, tuvimos un hijo, Ricardo.

—Nuestro hijo será hermoso —dije.

—Ya lo creo —respondió Amelia.

Cuando lo vi romper el cascarón, sentí un amor tan inmenso que me hizo comprender algo: yo no sería como mi padre. No lo abandonaría jamás.

Le enseñé a volar, igual que mamá lo hizo conmigo. Al principio tuvo miedo, dudaba y entonces recordé mis propias palabras de niño.

—¿Y si me caigo? —me preguntó.

—No te pasará nada —le respondí acariciando su plumaje—. Te lo prometo.

Cuando abrió sus alas y se lanzó al cielo, supe que mi vida tenía sentido.

## **El peso del tiempo**

Pero nada detiene el tiempo. Amelia fue la primera en marcharse. Su ausencia me dejó un vacío insoportable. Ricardo ya era adulto, con su propio camino, y yo me quedé solo en un nido demasiado grande para mí.

Las fuerzas comenzaron a fallarme. Mis alas, antes ligeras, pesaban como piedras. Cada vuelo era más corto, cada amanecer más gris. Ya no quería luchar contra el cansancio; solo deseaba una cosa: descansar.

Y una tarde, mientras el sol caía tras las montañas, mi corazón se detuvo. Caí en calma. Sentí que mi cuerpo se disolvía con la tierra, con las hojas, con el viento.

## **El reencuentro**

¿Valió la pena?, me pregunté en aquel último instante.

La respuesta llegó pronto. Abrí los ojos y ya no había dolor. El cielo brillaba más que nunca y el aire era ligero. Frente a mí estaba ella: mi madre, con las alas extendidas, esperándome como cuando era un polluelo.

—Te dije, mamá... —susurré, con lágrimas de alegría— que volvería a verte.

Ella me miró con ternura, igual que en aquel primer vuelo.

—Te tardaste —respondió con una sonrisa—. Bienvenido, hijo.

Y entonces comprendí que todo, absolutamente todo, había valido la pena.

**Alondra Nohemí Salazar Quintero**

[<<Lirio>>]

Preparatoria 10

## La casa del acantilado

El viento golpeaba con fuerza las ventanas de una vieja casa al borde del acantilado. Cada noche, los aldeanos de un pequeño pueblo cercano evitaban a toda costa mirar hacia aquella dirección. “Es solo una vieja casa abandonada”, decían. Sin embargo, nadie se atrevía a comprobarlo.

Verónica, estudiante de arquitectura, llegó al pueblo con el fin de realizar una investigación sobre las estructuras del siglo XIX. No obstante, lo que realmente la llevó a ese lugar fue un antiguo diario que encontró en la biblioteca de su escuela. Su último dueño describía una casa en la que, cada noche, al cerrar la puerta, esta siempre volvía a abrirse sola.

En la primera página del diario se leía:

No importa cuántas veces la cierres. Alguien la abre. Alguien que no puedes ver.

Desde su llegada, Verónica sintió que algo la observaba, como si la casa supiera que ella tenía el diario.

Se hospedó en la posada de Lily, una anciana poco habladora. Allí conoció a Tom, un pescador que evitaba navegar cerca del acantilado, y a Daven, un niño curioso que siempre dibujaba puertas abiertas...

Conforme pasaban los días, Verónica se interesó tanto por la arquitectura de la casa como por los rumores y relatos que los habitantes compartían. Según algunos registros que encontró, el lugar fue abandonado tras un inquietante motivo: “no poder dormir nunca más.” En ese momento, una frase del diario volvió a su mente:

La puerta del cuarto siempre se abre, incluso cuando estás dentro.

Una noche, alguien dejó bajo su almohada un dibujo infantil. En él se veía una cama, una puerta entreabierta y dos ojos mirándola desde el pasillo.

Llena de curiosidad y con un extraño sentimiento de familiaridad hacia aquella casa; una mañana decidió entrar, con un cuaderno, una linterna y una copia del diario en la mano. Conforme caminaba, apreciaba los detalles de la construcción: madera tallada con símbolos antiguos, grandes ventanas, puertas chirriantes y cerraduras rotas.

Fascinada por la arquitectura, subió al segundo piso y encontró un cuarto que llamó su atención. Entró, observó, anotó. Al salir, cerró la puerta. Pero de inmediato escuchó el clic de la cerradura. No le dio mucha importancia y bajó las escaleras.

Esa noche, soñó con el mismo cuarto. En su sueño, la puerta se abría lentamente, mientras algo entraba. Despertó con la sensación de haberla dejado abierta.

Al día siguiente volvió a la casa. Subió al segundo piso y, al ver la puerta del cuarto, comprobó que estaba abierta. Recordaba perfectamente haberla cerrado. Volvió a hacerlo y se marchó confundida. Pero noche tras noche repitió la rutina. Cerraba la puerta, dejaba marcas, colocaba objetos detrás pero siempre amanecía abierta.

Observó que el cuarto cambiaba levemente cada noche. Los muebles se reacomodaban, las paredes crujían como si respiraran.

Una noche, descubrió un espejo cubierto por una sábana. Lo retiró. El espejo reflejaba la habitación... pero no a ella. En su lugar, una figura alta y quieta aparecía, visible solo cuando no la miraba directamente.

Tom la encontró una tarde y le rogó que dejara de ir a la casa del acantilado. Daven, en cambio, simplemente dejó de hablar. Verónica, una noche, escuchó a Lily murmurar:

—Una vez que esa puerta se abre por ti, ya no la puedes cerrar.

Tras aquellos sucesos, Verónica tuvo que tomar una decisión: seguir buscando respuestas o irse. Pero ya era demasiado tarde. La decisión estaba tomada.

Una noche, al cerrar la puerta de su habitación, sintió una mano apoyarse sobre la suya. No estaba sola.

Al amanecer, despertó en un cuarto distinto. No recordaba cómo había llegado allí. Al intentar abrir la puer-

ta, descubrió que estaba cerrada. Golpeó, gritó, pero nadie respondió.

Del otro lado, escuchó pasos lentos. Cada noche y cada día, algo abría la puerta. Algo que no podía ver, pero que se sentaba frente a su cama y la observaba en silencio.

Fue entonces cuando dejó de luchar. Empezó a anotar en las paredes: “La puerta se abre sola. Pero ahora la abro yo”.

Así pasaron los días. O las noches. Verónica ya no lo sabía. Se convirtió en parte de la casa. Escribía mensajes para otros: “Cierra la puerta si quieres encontrarme”.

Pintó planos en el suelo. Murmuraba los nombres de quienes habían dormido antes en ese cuarto.

Soñaba con Daven, quien la guiaba por pasillos imposibles, mostrándole nuevas puertas. Le decía que había algo más allá de la casa. Algo que solo se revela cuando ya no tienes miedo de abrir.

Meses después, un nuevo huésped llamado Han llegó al pueblo. Lo atraían los rumores de una casa encantada que inspiraba a quienes entraban. Era escritor, en busca de algo que devolviera sentido a sus historias.

La posada estaba casi vacía. Solo había una habitación disponible: la misma que usó Verónica.

La primera noche, al cerrar la puerta, notó que la cerradura no encajaba bien. Supuso que era por la antigüedad. Lo dejó pasar. Pero en la madrugada, la puerta se abrió lentamente. Un crujido suave, como una respiración. No había nadie.

A la mañana siguiente, en la mesa de noche, Han encontró un cuaderno polvoriento. Al abrirlo, en la primera página había un nombre tachado. En la siguiente, un dibujo: una mujer parada frente a un espejo... sin reflejo. Verónica.

Han empezó a leer y pronto se obsesionó. Cuanto más leía, más sentía que la historia le pertenecía. Como si las páginas estuvieran escritas con su propia letra, su pensamiento, su sentir.

En el margen, una frase:

No la leas. La estás escribiendo.

Han fue a la casa. Subió al segundo piso. La puerta estaba entreabierta. Entró. Todo estaba igual que en el diario.

Al fondo, sobre una silla, descansaba un espejo. Se miró... y vio a Verónica. Ella lo observaba desde dentro con ojos vacíos.

Retrocedió. Verónica habló desde el otro lado:

—Gracias por seguir escribiendo. Ya casi terminas.

El espejo cayó, haciéndose añicos, pero su reflejo no desapareció. Julián —no Han, no el lector, sino el nuevo narrador— seguía allí. Sonriendo.

Corrió de regreso a la posada. Buscó el diario. Lo hojeó. En la última página, algo nuevo había aparecido:

La historia necesitaba una nueva voz. Verónica no fue la primera. Tú no serás el último. La puerta se abre sola porque tú eres la llave.

El reloj marcó las 3:33 a.m.  
La puerta del cuarto se abrió otra vez.  
Han, paralizado, entendió lo inevitable: no era un lector. Era el siguiente autor.  
La casa no buscaba visitantes.  
Buscaba narradores.

**Yahir Vázquez Palma**

[<<Bell>>]

Preparatoria Regional de San José del Valle de Tlajomulco de Zúñiga

## **Fuego amigo**

En el asilo de San Pablo la noche caía siempre de la misma forma, con un peso que parecía arrastrar las paredes hacia dentro. El olor era inconfundible: desinfectante fuerte, avena tibia y humedad que impregnaba las habitaciones. A veces se añadía otro matiz: el eco distante de una tos, un murmullo que se apagaba detrás de las puertas, el quejido de las camas metálicas que no habían sido engrasadas en décadas.

Entre todos los que habitaban allí, había uno que nunca dormía: don Aurelio. Su figura era reconocible incluso en la penumbra. Delgado, huesudo, con un andar lento pero constante, siempre parecía estar midiendo cada paso. Sus ojos grises se mantenían atentos, como si estudiaran los rincones en busca de un detalle oculto. No había sueño para él. Solo vigilancia.

Los enfermeros lo conocían de sobra. Al pasar la ronda, comentaban entre ellos:

—Ahí está otra vez, patrullando. Ya debería estar dormido, no sé cómo aguanta.

Pero Aurelio no escuchaba. Para él, el mundo tenía otro ritmo, un compás secreto al que respondía con disciplina.

Tenía un único aliado: un perro mestizo, de hocico blanquecino y patas flacas, que se había colado al asilo siendo cachorro. Al principio intentaron echarlo, pero pronto se dieron cuenta de que el animal no molestaba a nadie. Al contrario, parecía obedecer solo a Aurelio. Los años lo fueron volviendo viejo, pero nunca lo abandonó. Los demás lo llamaban Filo, por lo escuálido. Aurelio, en cambio, lo había bautizado con solemnidad.

—Él es el Sargento.

Durante el día, el perro lo seguía sin ruido, descansando a sus pies cuando él se sentaba en la silla del comedor. Durante la noche, se convertía en su sombra perfecta. Habían establecido un ritual: Aurelio levantaba la mano con un gesto breve y el Sargento se levantaba en silencio, dispuesto a seguirlo. Nadie más en el asilo entendía ese código, pero entre ellos parecía bastar.

Cada recorrido estaba medido: dónde doblar, en qué momento detenerse, qué lugares evitar. Si algo fallaba, repasaba mentalmente los errores y los corregía para la noche siguiente. Nunca dejaba una misión inconclusa.

El Sargento lo entendía todo. Aprendió a quedarse quieto en la puerta hasta recibir la señal. Aprendió a no ladrar, a moverse con cautela, a olfatear solo cuando Aurelio lo autorizaba con un gesto. Para cualquiera era un perro viejo; para Aurelio, era su camarada.

Esa noche de invierno había un aire distinto. Desde la tarde, Aurelio había estado inquieto. Golpeaba con los nu-

dillos el brazo de la silla una y otra vez, como marcando un código secreto. Murmuraba frases cortas, apenas audibles, y de vez en cuando giraba la cabeza hacia el Sargento, que lo miraba en silencio desde el suelo.

Cuando las luces se apagaron y los residentes se retiraron a sus habitaciones, Aurelio se incorporó con decisión.

—Vamos, camarada. Esta vez lograremos nuestro objetivo .

El perro se levantó y lo siguió, sin ladrar.

Avanzaron por los pasillos oscuros. Aurelio conocía las tablas que crujían y evitaba pisarlas. Caminaba siempre por los bordes, con pasos cortos y firmes. Cada esquina era revisada con cautela: primero el espejo que guardaba en el bolsillo, luego una mirada rápida antes de continuar. El Sargento esperaba pacientemente a que se diera la orden. En la enfermería fue más difícil, pues aún había luces encendidas. Aurelio lo sabía y había preparado la estrategia.

Sacó el espejo roto de su bolsillo y lo inclinó con precisión hacia la puerta. Vio a los enfermeros distraídos, ocupados en sus notas. Nadie miraba hacia el pasillo. Se quitó los zapatos para amortiguar el paso y, con movimientos medidos, cruzó al otro lado. Lo consiguió sin problema.

Pero el Sargento se había quedado mirando hacia el interior de la sala, con el cuerpo tenso. Aurelio le hizo la seña, primero una vez, luego dos. El perro no reaccionaba. La tensión subió. Los enfermeros podían girar en cualquier momento. Aurelio sintió un nudo en la garganta, pero el animal al fin respondió y lo alcanzó.

Entonces escuchó pasos pesados que se acercaban. El eco llenó el pasillo.

—¡Nos descubrieron! —susurró Aurelio, con un temblor entre júbilo y alarma.

Aceleró hacia la cocina, pero en el apuro no se dio cuenta de que el Sargento se había quedado atrás, confundido entre los pasillos. Cuando volteó, creyó verlo a lo lejos, pero era solo una sombra. No dudó: siguió adelante, convencido de que lo alcanzaría.

En la cocina, un enfermero apareció de improviso. Aurelio se ocultó detrás de una mesa metálica.

El hombre encendió la luz y preguntó con voz firme:

—¿Hay alguien aquí?

El silencio lo cubrió todo. Aurelio aguantó la respiración. El enfermero esperó unos segundos y luego se retiró.

Aurelio salió de su escondite y, sin vacilar, tomó un cuchillo de los que estaban sobre la mesa de trabajo. Con el espejo comprobó el pasillo y siguió hasta las oficinas.

La oficina principal estaba abierta. Adentro, solo había un escritorio cargado de carpetas. Aurelio empezó a revisar con cuidado, como si buscara un documento específico. Abría cajones, sacaba papeles, volvía a ordenarlos. No sabía qué buscaba, pero estaba seguro de que lo encontraría. Y lo encontró. Una carpeta delgada en un cajón lateral. La sostuvo entre las manos, triunfante, como si fuera la clave de todo.

Entonces: un crujido. La madera del pasillo. Alguien se acercaba. El corazón le golpeó en el pecho. Se acercó a la puerta con el cuchillo listo. Cuando una figura apareció

en el marco, Aurelio se lanzó. El forcejeo fue breve. La hoja entró y salió. Hubo un gruñido apagado. El cuerpo cayó.

—Objetivo cumplido, Sargento —jadeó Aurelio, con el cuchillo en la mano.

Giró la cabeza, buscando a su compañero. Pero el pasillo estaba vacío. Avanzó unos pasos... y entonces lo vio.

El cuerpo tendido era el del perro. El Sargento estaba inmóvil, con la sangre tiñendo el pelaje. Aurelio miró sus manos manchadas de rojo, el cuchillo, la carpeta en el suelo. Todo encajó de golpe.

Las imágenes lo atravesaron: el perro corriendo tras en el pasillo, alcanzándolo justo cuando embestía; los ojos confiados que lo miraban una última vez antes de apagarse. No hubo enemigo. No hubo victoria. Solo su error.

Se arrodilló junto a él, temblando. Pasó la mano por el lomo tibio.

—Perdóname —dijo con un hilo de voz—. Perdóname, amigo.

Dejó caer el documento. Era una hoja con su nombre y un par de frases secas:

Paciente: Aurelio Gómez. Conducta errática nocturna. Observaciones: episodios de confusión.

El eco de sus sollozos se expandió por el pasillo. Cuando los enfermeros llegaron, lo encontraron abrazado al perro, repitiendo entre dientes las mismas palabras:

—Perdóname, Sargento... perdóname...

Nadie volvió a hablar del asunto en el asilo. Enterraron al perro en un rincón del jardín. Desde esa noche, Aurelio dejó de recorrer pasillos. Permanecía sentado frente a la ventana, las manos temblorosas sobre las rodillas. Pasaban las horas y no pronunciaba palabra.

—Espérame un poco más. Yo también pronto marcharé; no sé a dónde, pero me iré.

**Camila Monserrath Hernández Elizondo**

[<<Lilith Mont>>]

Preparatoria Regional de Ameca

## ***Morte***

Estaba oscuro, muy oscuro en realidad, y tenía frío.

El aire se sentía húmedo y pegajoso. Estaba recostado sobre una especie de cama de mármol que se adhería a mi piel. Se trataba de un altar ceremonial. Tenía un pequeño trozo de metal en mi mano, el cual sujeté con fuerza.

Me levanté con dificultad, ondeando una túnica verde que cubría mi cuerpo. Me puse de pie, tambaleante, y caminé con paso dubitativo en busca de una fuente de luz; pero no encontraba nada. Un rastro de líquido carmesí me precedía, manando de mi talón maldito. Dolía como si hubiera sido marcado con fuego, dictando mi condena.

Podía sentir el roce de mis piernas y cómo mi vello se erizaba. Lo único que escuchaba era el sonido de mis pisadas, al son de un constante tic-tac lejano, irritante. Seguí caminando por un rato, sin tener idea de qué hacía ahí o qué era lo que buscaba; solo caminaba. Mi cuerpo empezaba a volverse pesado y mis piernas comenzaron a flaquear. No

tardé mucho en ver un pequeño destello de luz naranja a lo lejos. Lo seguí.

Me vino a la mente un viejo dicho popular entre los pescadores: “Al nadar por un oscuro túnel, llega un momento en el que ya no tienes suficiente aire para deshacer el camino. La única posibilidad es seguir nadando hacia lo desconocido y rezar para encontrar una salida”.

¿Habré llegado a ese punto?

Lo siguiente que recordé fue llegar a un río gris, desolador, que desembocaba más adelante en una especie de lago ardiente. Al borde se encontraba un hombre encorvado que tenía el aspecto de llevar vivo desde el inicio de los tiempos. Extendió una huesuda mano grisácea y yo le entregué, de forma mecánica, lo que resultó ser una pequeña moneda de oro.

—Todo lo que más amas sin tardanza has de dejar, y esa es la primera flecha que el arco del destino lanza.

La voz, penetrante y profunda, caló en lo más profundo de mi ser. No sabía a lo que se refería, pero no parecía ser agradable. Una aprensión se posó en mi pecho; me sentía vacío, y era doloroso. El hombre se apartó con lentitud y subió a un pequeño bote; yo hice lo mismo. Con sus débiles brazos empezó a remar, murmurando algo para él mismo. Parecía estar rezando. Desvié un poco la vista del barquero y pude ver todos los horrores del infierno. El grito de millones de almas exclamando clemencia en medio de las llamas del inframundo que se cernía sobre mí.

Vi cuerpos flagelados por látigos al rojo vivo, la carne desgarrándose de manera incesante. Unos gritaban con gar-

gantas consumidas; otros eran forzados a beber su propia miseria. No podía verlos a todos, pero el eco de su sufrimiento llenaba cada rincón; era como si el dolor no tuviera fin ni rostro, solo un clamor eterno. Todo el infierno se reía, burlándose de mí. Un susurro me lo confirmó desde la penumbra: yo sería el siguiente.

Las más hondas penas no necesitan nombre.

Un temblor recorrió mi espina dorsal y me sentí invadido por una oleada de náuseas. ¿Acaso esto era lo que me esperaba? ¿De qué servía la gloria, si todos terminábamos en este abismo? Me obligué a apartar la vista de tan espantoso escenario. Sentía bilis en la garganta y un retortijón en la boca del estómago.

—¿Qué es este lugar? ¿Qué hago aquí?

El barquero meneó la cabeza y, sin mirarme murmuró:

—El héroe que niega la realidad es la manifestación definitiva de *hybris* y orgullo. Ningún hombre es más orgulloso que aquel que se cree inmune a los peligros del mundo.

Abrí la boca, pero no salieron palabras. ¿Qué significaba todo esto? El dolor de mi talón se hizo más presente. El talón, siempre el talón.

El barco aparcó al lado de un insípido muelle de piedra. Cuando estuve en tierra firme y regresé para ver el bote, este ya había desaparecido. Tragué con dificultad y empecé a caminar. Sentía cómo me escocían las plantas de los pies debido al frío, pero no me detuve.

Llegué a un palacio de piedra calada, con una alta puerta de madera oscura que se abrió con un chirrido ensordecedor en el momento en el que estuve frente a ella. Me

adentré con cautela; no tenía a donde ir y no quería quedarme a presenciar las atrocidades de afuera.

El lugar cobró vida al son de una sonata de lira, similar a los cantos celebrados al más grande de los aqueos. El espacio era la sala de eventos principales de cualquier palacio, con la diferencia de que la fuente de luz provenía de un montón de antorchas dispuestas en hilera que soltaban una llama púrpura, hipnotizante. Los sirvientes eran espectros vestidos con ropa andrajosa, sujetos a cadenas que arrastraban por el piso. Todos tenían aspectos horribles. No pude mantener la vista en ninguno de ellos.

En el fondo se encontraba un trono de mármol blanco, recubierto por una pequeña planta trepadora que reptaba desde la parte trasera, de la cual nacían las flores más bellas que había visto en mi vida: unas pequeñeces en forma de estrellas blancas de seis puntas, con unas finas líneas rojas que recorrían por mitad cada uno de los pétalos y una mota de polen en el centro de la cual se desprendían unos pequeños bastoncillos. A un lado se encontraba un trono de obsidiana aún más grande e intimidante, decorado con toda clase de gemas preciosas, cráneos humanos, y otros ornamentos que lo hacían aún más terrible. Un humo oscuro parecía envolver ambos tronos.

Por encima, cientos de relojes señalaban la media noche con un atronador rugido de campanas de iglesia. Me cubrí los oídos con mis manos, una mueca de dolor formándose en mi rostro. El retumbar era tanto que mis rodillas se doblaron y caí al suelo. Por encima del ruido comencé a escuchar una voz masculina que clamaba mi nombre.

Levanté la mirada y frente a mí encontré una figura gris espectral que me observaba a escasos centímetros de mi rostro. A pesar de no tener una forma corpórea, pude distinguir su suave olor: una mezcla de granada y olivo que endulzaban mi paladar. El olor de la muerte.

*La verità è visibile solo attraverso gli occhi della morte.*

Nunca temí la muerte. Mi destino fue morir en batalla como el más grande de los héroes: el *Aristos Achaion*.

La oscuridad me envolvió y, con ello, el último indicio de vida que me quedaba.

*Mientras sigan mencionando mi nombre, nunca moriré.*

Cerré mis ojos y me dejé envolver por la bruma.

**Katia Carmina Delgadillo Márquez**

[<< PATITO >>]

Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

## El tiempo de María

María siempre había sentido que el tiempo no funcionaba igual para ella que para los demás. Desde pequeña notó que los minutos se estiran o se comprimen como si fueran de plastilina cuando ella estaba feliz, triste, enojada o enamorada. Su madre le decía que era solo su imaginación, pero su abuela, en cambio, le sonreía en complicidad y le decía al oído:

—Hay relojes que no marcan las horas, sino las emociones.

A los ocho años, descubrió que podía detener el segundo de la cocina con solo desearlo. No sabía cómo lo hacía, pero cuando estaba sola, lo intentaba y funcionaba. El tic-tac se congelaba, como si el tiempo la esperara.

Pasaron los años y el tiempo siguió bailando a su ritmo. Cuando reprobó un examen en secundaria, los días parecieron eternos. Cuando se enamoró de Joaquín, el chico nuevo que leía poesía en los recreos, los atardeceres duraban segundos. Y cuando él la besó por primera vez en la feria del

pueblo, el momento se estiró tanto que sintió que el mundo entero dejó de girar. Fue ahí cuando supo que su don era más fuerte de lo que imaginaba.

Una tarde de lluvia, su abuela le entregó una caja de madera tallada. Dentro, había un reloj de bolsillo que no tenía manecillas.

—Este es el reloj de nuestra familia —le dijo con voz temblorosa—. Es para quienes nacen con el don de vivir el tiempo propio. Pero cuídalo, porque hay quienes buscan dominar el tiempo sin entenderlo.

Desde entonces, María comenzó a comprender que no estaba sola, que su don era un legado. Aprendió a usarlo con sabiduría: alargaba los momentos felices para saborearlos mejor y acortaba los tristes para sobrevivirlos. Jugaba con los segundos como un violinista con sus cuerdas. Pero también aprendió que alterar el tiempo tenía consecuencias. Un día, al intentar detener una discusión entre sus padres, congeló el momento tanto que olvidó cómo reactivarlo. Estuvo atrapada entre dos segundos durante lo que le pareció una eternidad. Desde ese día, fue más cautelosa.

En la preparatoria conoció a Elías, un joven reservado que llevaba un reloj de arena en miniatura colgado al cuello. Cuando lo vio por primera vez, sintió un estremecimiento. Durante semanas lo observó en silencio hasta que, en una tarde de lectura en la biblioteca, él se le acercó y le dijo:

—Tú también lo sientes, ¿verdad?

Esa frase bastó para que comenzara una amistad extraña y profunda. Elías no solo sentía el tiempo: podía doblarlo.

Ambos comenzaron a experimentar con sus habilidades. Congelaban instantes para estudiar, revivían momentos favoritos y viajaban mentalmente a escenas pasadas. Pero pronto notaron que algo no estaba bien. Cada vez que alteraban el tiempo juntos, aparecían grietas en la realidad: relojes que giraban al revés, sombras que no coincidían con sus dueños, voces que se repetían como ecos de lo que aún no había sucedido.

Un día, mientras exploraban una de esas zonas suspendidas, como las llamaban, Elías desapareció. María buscó por todos lados, pero solo encontró el pequeño reloj de arena, ahora roto. Lo llevó de regreso a casa, temblando. Su abuela, al verlo, palideció.

—Hay líneas de tiempo que no deben tocarse —le advirtió—. Si quieres encontrarlo, tendrás que elegir entre tu tiempo o el suyo.

María pasó semanas sintiéndose vacía. Había aprendido a dominar el tiempo, pero no a vivirlo. Finalmente, decidió que no podía seguir huyendo. Volvió al lugar donde Elías desapareció, esta vez con el reloj sin manecillas de su familia y el de arena roto de Elías.

Usó ambos a la vez. Todo a su alrededor se volvió luz, viento y silencio. No sabía cuánto tiempo estuvo ahí, pero cuando abrió los ojos, Elías estaba frente a ella. Había envejecido apenas un poco, lo suficiente para saber que había estado atrapado entre futuros. Se abrazaron sin decir una palabra. El tiempo, por fin, parecía estar en paz.

Años después, María caminaba por un parque en otoño y encontró a una niña llorando en una banca. Se sentó

a su lado y le preguntó qué le pasaba. La niña le dijo que su perro había muerto y que quería que el tiempo pasara rápido para que dejara de doler. María sonrió con ternura, sacó el reloj de su bolsillo y lo puso en las manos pequeñas de la niña.

—Solo por hoy —le dijo—. El tiempo puede obedecerte.

Cuando María se levantó de la banca, por primera vez sintió que no necesitaba controlar el tiempo. Había aprendido lo más importante: a veces, compartir un instante vale más que alargarlo.



# Microrrelato



## Crear desde el nocaut

**Sergio Guillermo Figueroa Buenrostro**

Escribir no es tarea fácil; escribir ficción, mucho menos. Pero crear microrrelato es, paradójicamente, una empresa titánica, pues lleva implícitos muchos requerimientos adicionales. Julio Cortázar decía que el cuento —digamos, de extensión normal— debía finalizar con un nocaut como en el box; sin embargo, desde mi punto de vista, el microrrelato debe contener ese golpe con más contundencia. Este es el primer ingrediente que debemos tomar en cuenta quienes deseamos practicar la escritura de este género de la brevedad e hiperbrevedad.

Durante mucho tiempo, los textos breves no fueron bien vistos ni aceptados como literatura “mayúscula”. El microrrelato tuvo que luchar para establecerse como género de la misma forma en que el cuento —supeditado a la gran señora y dama, la novela— logró ganar su lugar como arte literario.

¿Por qué pasaba esto? El problema parecía radicar en su cercanía con el humor y sus difusas fronteras con el chiste. No obstante, hay elementos que marcan una gran diferencia. En el microrrelato podemos encontrar la recreación de mitos, cuentos de hadas, libros canónicos, personajes y hechos

históricos; juegos literarios, como la metaficción, aderezados con recursos como la parodia, la ironía o el pastiche. Se trata de un género que contiene esencialmente un gran componente humorístico: es su ingrediente esencial.

Como mencioné, escribir microrrelato no es sencillo, porque exige un bagaje cultural y literario sólido para leerlo y escribirlo. Quienes se aventuran a crear a partir de este género ponen a prueba nuestro intelecto y convierten cada frase en un reto que, como lectores, debemos vencer. Por ejemplo, si recreamos mediante la microficción a un personaje como Edipo o Prometeo, es indispensable conocer el mito de origen para entrar en diálogo con el texto y poder comprender la estrategia del escritor.

Felicito a los alumnos que resultaron ganadores: María Fernanda de la Cruz Reyes, Ana Sofía Amezcua Oropeza, Mariana Margarita Pérez Dorado, Jaqueline Elizabeth Vázquez Amaya y Nikté Yaretzi López Vaca. En sus textos encontramos la pericia que todo escritor debe tener para plasmarla en la creación de una obra breve. Muchas felicidades.

**María Fernanda de la Cruz Reyes**

[<< Moonflower >>]

Preparatoria 6

## **Flores**

Por fin me había regalado mis flores favoritas: unas hermosas peonías rosas con unos crisantemos del mismo color, inclusive con el detalle de unos hermosos lirios del valle blancos, creando un contraste hermoso.

Lástima que tuviera que esperar a que muriera para obsequiármelas.

## **Boda**

Junto al amor de mi vida había planeado la boda. Elegimos las flores del ramo, la ubicación, los adornos... y, lo más importante, su vestido de novia. Veía su ilusión y no pude evitar sentirme tan feliz.

Por fin llegó el día de la boda. Ella se veía radiante y yo la veía tan enamorado.

¡Lástima que ella se casaba con otro mientras yo veía todo con el corazón roto!

## No me olvides

Ese día había decidido acabar con mi vida, aunque primero quería caminar y volver, por última vez, a esa banca rosa que fascinaba. Cuando llegué, vi una flor muy linda y, al investigar, supe que se llamaba *no me olvides*.

Lo tomé como una señal: aún había razones para seguir. Hoy, treinta años después, agradezco tanto que esa flor se haya puesto en mi camino. Gracias a ella, no lo intenté.

## Ciego

Aún recuerdo esa noche; estaba fría y oscura. Yo manejaba de regreso a casa después de un día tan cansado de trabajo. Lo último que recuerdo fueron unas luces yendo hacia mi auto. Después de ese accidente perdí mi vista y, aunque mis padres cuidaron de mí por un tiempo, en cuanto tuve la oportunidad de operarme para recuperarla, la aproveché. Cuando volví a ver, tuve que fingir que aún no veía porque esas personas que me cuidaron definitivamente no eran mis padres.

Ana Sofia Amezcua Oropeza

[<<Sopa de Caracol>>]

Preparatoria 8

## La cárcel

Una por una fuimos contando cómo llegamos hasta aquí: una por robo a mano armada, otra por posesión de drogas, y así sucesivamente, hasta que finalmente llegó mi turno. A secas dije:

—Asesiné a un bebé con mis propias manos.

Todas se quedaron calladas, mirando fijamente mi inexpresivo rostro, porque eso, incluso para ellas, era inhumano. Pasaron unos minutos de silencio hasta que agregué:

—Era mi hermano... Pero también mi hijo.

## De película

Después de años y años de intentos fallidos, logré viajar al pasado. Al primer lugar y tiempo que quise ir fue con Jesús, para así poder advertirle de que Judas lo traicionaría. Él me vio fijamente desde que llegué, yo disimulaba y me mezclaba con la gente hasta llegar a él. Finalmente, traté de explicarle. Me sostuvo las manos y, muy serio, me dijo:

—Sigue el guion.

## La farsa

Entré en la habitación repentinamente y me horroricé cuando lo vi. Era mi tío, leyendo y escribiendo. No dije nada, así que él tampoco. Cerré lentamente la puerta y me fui.

Ahora, en cada reunión familiar, los dos fingimos: yo, que no sé nada; y él, que sigue siendo el chico especial de la familia.

Mariana Margarita Pérez Doroteo

[<<Marhiana>>]

Preparatoria 10

## El precio del suicidio

### Almas en soledad

*El mayor deseo de las almas en soledad es...* Me pregunto eso desde los doce; ahora tengo veinticuatro y sigo haciéndome la misma pregunta.

La soledad me consume día a día; mis viajes se basan en buscar a alguien que sienta lo mismo.

**5 de diciembre:** La encontré. Siente lo mismo que yo, somos tan parecidas; la he esperado toda mi vida.

**15 de enero:** Acordamos hacerlo juntas; deseamos eso desde hace tanto tiempo, pero ninguna tenía el valor.

**9 de febrero:** La he esperado durante 10 minutos. No responde mis llamadas ni mensajes. Creo que se arrepintió.

*No puedo hacerlo. Tú tampoco lo hagas.*

Ese fue el último mensaje que leí. Fui cobarde, escapé, pero ella sabía cuánto deseaba la muerte.

Llegué a mi casa y ella estaba ahí. Tenía un cuchillo en la mano e hizo lo que yo no me atreví a hacer.

## Una vida por otra

—Mamá, ya no lo soporto, la vida es una carga muy pesada para mí. Solo quería decirte cuánto te amo.

—¿De qué hablas? ¿Qué pretendes hacer, Fer?

Después de lo que me dijo en esa llamada, salí corriendo del edificio. Ya no quería morir, deseaba con todas mis fuerzas estar con ella y hacerle saber que todo iba a estar bien. Pero el destino tenía otros planes para mí.

No sentí el golpe. Solo supe que era tarde, supe que entregaría mi vida para salvar la de mi madre.

## Hasta luego

Desde los quince había planeado todo: el lugar, la fecha, cómo sería, incluso su última comida. Ahora Julia tenía treinta y estaba lista para su muerte.

Llegó el 9 de noviembre; tenía todo listo.

Amarró la cuerda en su cuarto. No lo pensó dos veces, simplemente lo hizo.

Cuando despertó, no estaba muerta: estaba en el hospital.

Entre el dolor y el enojo, se giró hacia la mesa de noche. Había una carta con su nombre:

Aún no te toca, nos vemos en 38 años.

—La muy deseada muerte.

## **Algo parecido a la muerte**

Lucía saltó. Lo hizo intentando escapar de la realidad tan horripilante que le había tocado. Y así fue: escapó de esta realidad.

Cuando despertó, todo era tan distinto: más ligero, con colores más vibrantes y ella ya no se sentía agotada.

Se puso de pie y miró a su alrededor. No había muerto, había caído en otra dimensión.

## **Culpable**

Lily ha estado bastante rara: distante, su mirada se ve apagada, se ve muy cansada.

Llevo semanas intentando hablar con su familia, pero me ignoran como si fuera un fantasma. Estoy realmente preocupada por ella; no quiero que se haga daño.

Después de reflexionar un poco, me di cuenta de que tal vez su comportamiento es culpa mía.

Su mundo se vino abajo cuando me suicidé.

## **Extrañándote demasiado**

La vida se siente extraña desde que mi mamá murió; me siento vacía, el mundo se siente vacío.

Últimamente he visto una flor que le gustaba mucho. A donde voy, la flor está ahí. Sé que es una señal de ella, quiere que nos reencontremos, y eso haremos.

Me paré frente a su tumba y, sin dudarlo, me despedí del mundo terrenal.

Cuando abrí los ojos, todo fue muy raro: estaba muerta, pero no en la nada. Estaba en su casa.

Cuando volteé a ver el calendario, me di cuenta. Es el día en que murió.

**Jacqueline Elizabeth Vázquez Amaya**

[<<Moonlight>>]

Escuela Vocacional

## **Suyo**

Dice que soy detallista, o tal vez muy entregado. Si un día ve una flor que le gusta, al día siguiente le llevo un ramo; si un vestido le parece lindo, lo compro sin pensar. Por eso no dudé ni un segundo en arrancarme los ojos cuando dijo que amaba verlos. Los metí en una caja colorada mientras seguían húmedos y, con esmero, se la entregué. ¡No sé por qué me dejó! Al menos con el regalo podrá seguir disfrutando la parte de mí que más amaba.

## **Espejo**

Me obsesioné con mi reflejo. Todos los días iba a mirar cada mínimo detalle en mí, hasta que una noche, finalmente fascinada con cómo lucía, posé con delicadeza un dedo sobre el espejo y este terminó por absorberme en su interior.

## Delicioso cuerpo

Fue amor a primera vista; prácticamente lo devoré con la mirada. Al poco tiempo lo invité a salir y me dio una dulce probada de su corazón. Ahora que finalmente está en mi casa, no puedo esperar para morder la suave carne de su piel. Espero que no grite mucho mientras lo despellejo; eso le dio un mal sabor al último hombre que cociné.

## Testigo

Media hora llevaba esperando el camión. Para alejarme del aburrimiento, desvié la mirada hacia otro lugar, pero me arrepiento de haberlo hecho. ¡Pobre sujeto aquel! En un forcejeo fue subido a una blanca camioneta mientras apenas podía rogar por ayuda. Mi cuerpo se congeló, consciente de su inutilidad. Sin embargo, ese no fue el peor susto del día. Cuando mi atención volvió a su lugar, noté que todos teníamos escrito con tinta roja en la frente: “Tú eres el siguiente”.

**Nikté Yaretzi López Vaca**

[<<Miminiks>>]

Del Módulo San Agustín de la Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

## **Relación a distancia**

Cuando me conecto para hablar con mi novio, siento como si las horas volaran. Adoro pasar tiempo con él, aunque sea a la distancia. Nos extrañamos tanto. Ojalá pronto podamos volver a vernos. Usar ouija no es muy cómodo.

## **El mercado del recordar**

Todos saben que hay un negocio que mueve al mundo: la venta y compra de recuerdos. Siempre ha existido y, la verdad, creo que es una buena alternativa para aquellas personas nostálgicas o traumadas.

Un día iba caminando por el mercado de recuerdos. Tanta gente intercambiando momentos del pasado, cuando un tipo encapuchado me toca y se lleva corriendo una memoria mía. No lo podía permitir. ¿Y si era mi primer beso? ¿Y si era la fórmula general de las ecuaciones de segundo grado? ¿Cómo podría vivir sin eso?

Sin pensarlo, corrí por él. Me pasé cuatro días persiguiendo a tal ladrón por toda la ciudad, hasta que pude

atraparlo y darle la golpiza de su vida. Orgullosa, cuando pude ver el recuerdo que me arrebató, tan solo vi mi persecución por él.

## **Parada de semáforo**

Mientras una chica iba manejando en su carro, se topó con un semáforo, que estaba en amarillo. Esperó y esperó. Era tan raro que no cambiara de color; tal vez el semáforo se había descompuesto. Entonces sacó su celular para aprovechar el tiempo, hasta que por fin vio el cambio a color rojo. Cerró los ojos y el rojo dolía, y se escurría por todo su cuerpo.

# Audiocuento



## Los colores del sonido en la narrativa breve

**María Zahira Elizabeth Rico Mora**

En la era del audio también se lee y se crea literatura. La migración de los relatos orales a las plataformas digitales irrumpe con un nuevo formato: el audiocuento.

El Sistema de Educación Media Superior (SEMS) de la Universidad de Guadalajara ha convocado, desde hace más de treinta años, al concurso de Creadores Literarios FIL Joven. En esta edición, la categoría de audiocuento apuesta por nuevas estrategias de fomento a la lectura, el impulso a la creatividad en la escritura y la búsqueda continua de nuevos talentos literarios.

De los concursantes, cinco de ellos destacaron por su manejo de recursos tanto literarios como técnicos. Así, "Penitencia", de Brisa Abril Sosa Ortega, nos sumerge de forma poética en el dolor de doña Flor, quien recibe una noticia desgarradora. A través de la intensidad de un primer plano sonoro, la autora construye el tono principal de la narración mediante efectos sonoros como el llanto, el rasguído y la respiración, que establecen el estado de ánimo del personaje. Por otro lado, el artificio de la puerta refuerza el ambiente y pauta el uso predominante de la narración en *off*, en contraste con un par de diálogos.

En “Los escaladores de la gran montaña”, Iván de Jesús Martínez Lares pinta, mediante el recurso del *leit motiv*, un paisaje gélido situado en época navideña. La construcción de la temporada se apoya de una descripción figurativa reforzada por efectos sonoros.

“400 años”, creado por Jaime Mendoza Ramírez, juega con técnicas como la analepsis y la prolepsis en la organización de los eventos narrativos, logrando un relato singular en el que un monolito de las islas de Pascua, un *moái*, cuestiona su existencia. El viaje sonoro recurre a efectos que escenifican la naturaleza y la música de acompañamiento abona al ritmo y al tono de la historia.

Donovan Yeraí Duarte Hurtado, en “La puerta roja”, explora el aspecto teatral y el manejo de narradores para presentar al escucha un objeto misterioso en una mansión visitada por una familia. Aquí, el ambiente se construye mediante música de misterio y efectos de sonido que impulsan la dramatización de la historia.

“El sueño más oscuro”, narrado en primera persona, dramatiza con efectos sonoros la voz de un personaje acechado en un ambiente misterioso. Jonathan Adrián Ontiveros Gómez personifica la ansiedad a través de recursos del género fantástico contemporáneo, en un mundo que mezcla lo cotidiano y la extrañeza de la pesadilla.

De esta manera, el audiocuento se consolida como un medio que permite dramatizar la lectura de una historia a través de plataformas almacenadas en diversos dispositivos y formatos, como el pódcast, lo que invita a su consumo co-

mo hábito de lectura y promueve la creación de imágenes mentales y reproducción de memoria auditiva.

Es una obra abierta a la combinación de técnicas narrativas mediante códigos sonoros y la voz, que pinta de colores al relato y lo impulsa hacia otras posibilidades creativas.

**Brisa Abril Sosa Ortega**

[<<Aura>>]

Preparatoria 8

## Penitencia



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

**Iván de Jesús Martínez Lares**

[<<Tako>>]

Preparatoria Regional de Colotlán

## Los escaladores de la gran montaña



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

**Jaime Mendoza Ramírez**

**[<<Arcángel de Plata>>]**

Preparatoria Regional de Degollado

**400 años**



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

**Donovan Yerai Duarte Hurtado**

[<<Ron>>]

Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

## La puerta roja



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

**Jonathan Adrián Ontiveros Gómez**

[<<John>>]

Preparatoria Regional de Tlajomulco de Zúñiga

## El sueño más oscuro



Escanea este código y disfruta del audiocuento.

Cartas a  
Jaime Alfonso  
Sandoval



## Una experiencia a través de otros ojos

**Luz Odelinda Orozco Ruiz**

Encontrarme con la expresión escrita de jóvenes que, después de leer un texto, se atreven a decirle al autor lo que sienten y piensan, es una experiencia llena de placer y esperanza.

Placer por compartir puntos de vista y sentimientos; y una gran esperanza al comprobar que no todo está perdido, que leer y escribir siguen formando parte de la vida de nuestros jóvenes, y que proyectos como Cartas al autor son pilares fundamentales para la formación integral de nuestros estudiantes.

Tengo la certeza que la magia de *Los fantasmas de Fernando* no solo ha sido una invitación a escribir, sino que les dio oportunidad de sanar heridas, descubrir sentimientos, poner en claro perspectivas y metas, así como recordar y analizar historias propias, con el fin de comprender mejor y aprender a perdonar. Todo ello no tiene precio, especialmente si consideramos que la vida sigue y que la de estos jóvenes, participantes de este proyecto, apenas comienza.

Leer sus textos y tener la oportunidad de acercarme a sus experiencias fue, para mí, un ejercicio de introspección personal, una bocanada de aire fresco y una convicción por

seguir reafirmando el compromiso, aunque sea con pequeños granos de arena, al fomento de la lectura de textos literarios en niños, jóvenes y adultos.

**María Isabel Alejo López**

[<<María Isabel>>]

Preparatoria de Jalisco

Primer lugar

Guadalajara, Jalisco, 28 de agosto 2025

Querido Jaime Alfonso:

Esta carta huele a café frío, de los que se olvidan sobre la estufa, y a lágrimas de las buenas: de esas que no pellizcan, sino que liberan; las mismas que se me resbalaron calientes, sobre el papel cuando, en la quietud de una madrugada, leí la página 127 de *Los fantasmas de Fernando* y entendí, con un golpe seco en el pecho, que usted también sabe lo que es mendigar amor en una casa llena de gente. No es una metáfora bonita, es la verdad descalza y fría que solo reconoce quien ha pasado hambre en medio de la abundancia.

No voy a contarle mi vida entera (aunque tengo la certeza de que su libro ya la adivinó, como si hubiera husmeado en mis cajones desordenados), pero sí le digo esto: cuando Fernando escribe en su diario “soy el hijo del aire: todos me ven, nadie me toca”, sentí que me arrancaba una costra que creía piel. Yo crecí siendo el fantasma de mi propia familia, el mueble que estorba, pero al que ya se está acostumbrado; por un lado. Mi madre me hablaba en tercera persona, como si mi nombre fuera demasiado íntimo para pronunciarlo: “Que ella misma lave su plato; que, si ella

quiere salir, que avise”. Y mi padre... bueno, el mío, como el de Fernando, se fue un día de sol sin dejar ni una foto; solo el carro chocado por los cabos.

Hasta en eso nos parecemos: en la compañía que elegimos, o que nos eligió. Usted tuvo a su perro, ese testigo fiel de los días grises; y yo tuve a Prieto, mi gato negro. Una pequeña pantera de ojos amarillos que ronroneaba sobre mis cuadernos y que murió un martes de lluvia silenciosa. Con él se fue el único ser que me buscaba activamente en una habitación. ¿Recuerda cuando Fernando escribe que “los animales son mártires del cariño humano”? Esa línea me dolió más que todos los portazos de mi adolescencia, porque es cierto: ellos cargan con todo el amor que no sabemos dónde poner, y se van con él.

Pero aquí está lo hermoso, lo que me impulsa a mancharme las manos de tinta para escribirle: su libro me devolvió algo. Me devolvió la dignidad del espectro. Cada vez que me rechazan en una galería, que me dicen que mis cuadros “no encajan”, que son “demasiado intensos” o “demasiado tristes” (como si el arte tuviera que pedir disculpas por sentir), vuelvo a casa, me preparo ese café que siempre se me enfría y releo el pasaje donde Fernando, torpe y sublime, toca la guitarra; aunque le digan que no sirve, aunque le adviertan que el sonido que extrae de las cuerdas es disonante y extraño.

Usted y yo sabemos, como sabe Fernando, que el arte no es un territorio para los perfectos, los impecables, los bien ajustados. Es el refugio de los que sangran en silencio y convierten esa sangre en color, en palabra, en nota.

Le tengo un gusto profundo, no solo a su libro, sino a su valor: al valor de escribir con las tripas, de no endulzar los fantasmas, de presentarlos con sus harapos y sus heridas abiertas. Admiro esa pasión suya por explorar las grietas de lo humano sin intención de rellenarlas con cemento barato, sino de iluminarlas para que veamos su profundidad. Su pasión por la verdad cruda es la brújula que me recuerda por qué pinto: no para decorar paredes, sino para señalar abismos y, quizás, tender un puente frágil sobre ellos.

Sinceramente, le doy gracias por cada palabra incómoda, por cada personaje que no pide perdón por existir. Si alguna vez duda para qué sirven las palabras, acuérdesse de esta carta escrita por una chiquilla con pintura bajo las uñas y, ahora, gracias a usted, con menos miedo a serlo.

Atentamente, María Isabel  
la que ahora duerme con su libro en la mesita, por si  
los fantasmas quieren charlar.

**José Alejandro González Lugo**

[<<Alejandro>>]

Escuela Politécnica de Guadalajara

Segundo lugar

## **Lo que no dijimos**

No suelo escribir cartas a escritores. En realidad, no suelo escribir nada que implique abrir el corazón así, sin garantías. Pero terminé su libro, lo cerré con las manos temblando y supe que no podía quedarme callado.

Me senté frente a la página en blanco sin saber bien por dónde empezar. Y, como ocurre en su novela, fueron los silencios los que primero hablaron. Porque *Los fantasmas de Fernando* no es solo una historia que se lee: es una historia que se siente, que se arrastra por dentro, que remueve cosas viejas que uno creía ya olvidadas.

Leí su libro como quien camina por un campo minado: con cautela, con miedo y con el corazón expuesto. Pero también con una extraña necesidad de encontrar algo ahí que me ayudara a entender lo que llevo tanto tiempo sin poder decir. Su personaje, Fernando, me recordó a mí más veces de las que me gustaría admitir. Pero, sobre todo, me recordó a mi padre.

Yo también crecí con un padre que estaba y no estaba. Un hombre presente físicamente, pero tan ausente en

lo emocional que parecía vivir en otro mundo. Y su novela me enfrentó a eso de una forma que no esperaba. Fue como si usted me tendiera un espejo, no para juzgar, sino para mirar de verdad.

Hay escenas de su libro que me quedaron pegadas al pecho. La confusión de Fernando, su rabia callada, su necesidad desesperada de entender, de reconstruir a ese padre fantasma a través de fragmentos, cartas, recuerdos borrosos... todo eso me fue demasiado familiar. En algún momento me descubrí llorando, no por Fernando, sino por mí. Por el niño que fui, por el silencio de mi padre, por las palabras que nunca dijimos.

Usted escribió con una honestidad que duele, pero que también alivia. Porque hay algo profundamente liberador en leer una historia que no endulza el dolor ni lo disfraza de redención fácil. Usted muestra lo que duele sin adornos, pero también nos recuerda que incluso en medio del duelo, la búsqueda, la memoria, hay una forma de seguir vivos.

Después de leer su novela, fui a buscar una vieja caja donde guardo algunas cosas de mi padre. No la abría desde hacía años. No encontré grandes revelaciones ni verdades escondidas, pero, por primera vez, no tuve miedo de mirar. Y eso se lo debo a su libro.

Gracias por escribir desde un lugar tan humano, tan profundo. Gracias por darnos una historia donde los padres no son héroes ni villanos, sino seres humanos rotos, como todos. Gracias, sobre todo, por permitirnos acompañar a Fernando en su búsqueda sin respuestas claras, pero con una fuerza que, de algún modo, también es nuestra.

Hay un momento en el libro —uno de los que más me dolió— en donde Fernando siente que, a pesar de toda su búsqueda, su padre sigue siendo un enigma. Como si estuviera siempre a medio entenderse, a medio recordarse. Yo también siento eso: como si mi padre fuera una figura que se escapa entre los dedos, como si estuviera hecho de humo. A veces tengo miedo de olvidarlo del todo, y a veces tengo miedo de no haberlo conocido nunca de verdad.

¿No es extraño que uno pueda convivir toda una vida con alguien y aun así no saber quién era realmente? ¿No es triste que tantas cosas se queden sin decir, por miedo, por orgullo, por costumbre?

Su novela me hizo entender que no estoy solo en ese sentimiento. Que muchos cargamos con esa herencia emocional: padres ausentes, hijos buscando señales, familias marcadas por los silencios. A veces creemos que lo nuestro es único, que nadie podría entenderlo, pero al leer su historia sentí que usted me hablaba directamente.

También me hizo pensar en lo que heredamos sin querer. No hablo solo de lo biológico o lo material, sino de las emociones que se transfieren en silencio: la tristeza no dicha, la rabia contenida, la incapacidad para pedir perdón. Me pregunto cuántas veces repetimos sin querer los mismos errores de quienes vinieron antes.

Su novela, además, toca algo que muchos tememos nombrar: la salud mental. El dolor emocional que no se ve, pero que pesa como plomo. El estigma, el miedo a hablar, la culpa. Es tan raro leer una historia donde eso se trate con

respeto, sin morbo, sin victimización. Usted lo logra. Le da dignidad al sufrimiento, sin romantizarlo.

También quiero agradecerle por no ofrecernos una “solución”. Porque no la hay. Y porque lo que muchas veces necesitamos no es una salida, sino un espacio para mirar lo que hay. Para comprender que el dolor también es parte de la vida. Que se puede seguir adelante incluso con la herida abierta. Que recordar no siempre sana, pero sí transforma.

Desde que terminé su novela, he empezado a hablar más de mi padre. Con amigos, con mi pareja, incluso con mi madre. No se trata de idealizarlo, ni de justificar sus ausencias, pero sí de entenderlo como un hombre con miedos, con errores, con partes oscuras. Y eso, aunque todavía me cuesta, me ha hecho sentir más libre.

Quizá lo más importante que me dejó *Los fantasmas de Fernando* fue esa posibilidad: la de reconciliarme, aunque sea un poco, con el pasado. La de mirar atrás sin tanto rencor. La de pensar que, a pesar de todo, hay algo que se puede reconstruir.

He pensado mucho en la palabra “fantasma” desde que terminé su libro. Antes la asociaba con lo paranormal, con lo que espanta. Ahora, gracias a su historia, entiendo que los verdaderos fantasmas son las ausencias, los recuerdos mal cerrados, las preguntas que nunca se hicieron. Los fantasmas, me doy cuenta, somos nosotros mismos cuando evitamos mirar.

Entonces pienso: ¿cuántos fantasmas cargo sin saberlo? ¿Cuántas cosas he dejado pendientes por miedo a remo-

ver lo que duele? Su novela me ha dado, al menos, el coraje para empezar a mirar. No a resolver todo, pero sí a sentarme con esos fantasmas y dejar de huir de ellos.

Hay una parte muy especial que no quiero dejar fuera: el modo en que usted trata el amor en la historia. Un amor roto, torpe, a veces frustrante, pero también profundamente humano. Amor entre padres e hijos, sí, pero también amor por uno mismo. Esa forma de ternura que sobrevive incluso cuando no todo se entiende. Ese amor silencioso que uno descubre demasiado tarde. Eso también me llegó muy hondo.

He empezado a escribir, por primera vez en años. Nada grande, solo pequeños textos. Retazos de memoria, frases sueltas, cosas que necesito sacar. Y aunque no sé si algún día se convertirán en algo, escribirlas me ha dado una especie de alivio. Es como si usted me hubiera recordado que poner en palabras lo que uno siente puede ser una forma de seguir viviendo.

Por eso esta carta no es solo una reacción literaria. Es una confesión. Es una forma de agradecerle no solo como lector, sino como persona. Porque a veces lo que uno necesita no es una gran lección, sino sentir que alguien ha pasado por algo parecido, y que ha tenido el valor de contarlo con verdad.

No sé si esta carta llegará a usted, pero necesitaba escribirla. Porque su historia no solo me conmovió: me tocó. Me incomodó. Me habló en un lenguaje que no conocía, pero que reconocí al instante.

Gracias por atreverse a escribir sobre lo invisible. Sobre lo que pesa sin cuerpo. Sobre lo que sigue ahí, aunque ya no esté. Gracias por encender una pequeña luz entre tanta sombra.

Con respeto y gratitud,  
Alejandro González Lugo

**Carolina Lizeth Robles Pérez**

[<<Mapache Rojo>>]

Preparatoria Tonalá Norte

Tercer lugar

13 de mayo de 2025

Querido padre:

No sé exactamente por qué escribo esta carta. Nunca he sido bueno diciendo lo que siento. Supongo que lo heredé de ti; pero hay cosas que ya no puedo guardar. Y, aunque sé que no leerás esto, necesitaba escribirlo.

Durante mucho tiempo te guardé rencor: por tus ausencias, por no explicarme lo que pasó con mamá, por ignorar lo que yo sentía cuando el mundo parecía volverse extraño. Pero hoy, después de todo lo vivido, después de todo lo que descubrí, ya no tengo rabia. Solo tengo preguntas que quizá nunca se respondan y una tristeza que pesa más que el miedo que sentía de niño.

Sé que tú también tenías tus propios fantasmas; que el silencio fue tu forma de sobrevivir, que tu manera de “protegerme” era no decir lo evidente, no remover el pasado. Pero yo necesitaba más que eso. Necesitaba un padre que hablara, que abrazara, que llorara conmigo. Que me dijera que no estaba loco, que no estaba solo.

Y, sin embargo, en los últimos días, cuando todo salió a la luz, pude verte distinto. Vulnerable. Humano. Supon-

go que los hijos también tienen que aprender a perdonar cuando entienden que los padres no son héroes ni villanos, solo personas rotas tratando de hacer lo mejor que pueden.

Nunca fuiste un padre estricto. Al contrario, solías ser quien me daba cierta libertad. Me comprabas los juguetes que mamá no quería, me dejabas usar la ropa que me gustaba y hacías lo posible por que yo pudiera expresarme a mi manera. Pero eso no bastaba para llenar el vacío que dejaban tus ausencias repentinas o los momentos en que tu enojo explotaba sin que yo supiera por qué.

La última vez que te vi como mi padre fue en mi cumpleaños, cuando me obsequiaste a mi perro. Ese día te fuiste y después... simplemente no volviste. Te llevaron a prisión. Yo no entendía bien por qué, ni qué había pasado exactamente, pero dentro de mí se sembró algo que tardó años en sanar: la idea de que me habías abandonado.

Y cuando por fin estuviste de regreso, enfermo, ya no quise verte. Me negué una y otra vez a acercarme, a darte la oportunidad de explicar o de simplemente estar. Tenía tanto miedo de que me volvieras a fallar, que preferí mantenerte lejos. Supongo que, en el fondo, aún eras el padre que me falló de niño y no supe cómo ver al hombre que intentaba enmendar lo que pudo.

Fue hasta tus últimos días que nos volvimos a ver. Pero para entonces, tú ya no sabías quién era yo. Me confundiste con tu amigo de la infancia, "el Chino". Y aunque en ese momento me dolió que no me reconocieras como tu hijo, también entendí que, tal vez, así era más fácil despedirse. Que en ese pequeño espacio donde no éramos padre e hi-

jo, sino solo dos niños hablando de nuestra última aventura, pudimos tener una conversación sin rencores.

Tú nunca dijiste “lo siento”. No con palabras. Pero hubo una forma de pedir perdón en tus ojos, en tu voz cansada, en ese esfuerzo por mantener viva una última conexión, aunque fuera bajo otra identidad. Quizás en tu mente confundida fue la única forma en que pudiste acercarte sin miedo.

Fuiste un hombre con muchas sombras. Tenías heridas que nunca cerraron; venías de una familia donde el amor era escaso y el dolor habitual. Tu pasado te moldeó, te rompió y, a veces, tú hiciste lo mismo conmigo. Pero también intentaste amar. A tu manera, claro. Con torpeza, con errores, pero con algo de ternura, a fin de cuentas.

No fuiste perfecto y yo tampoco lo he sido. Pero gracias a todo lo que ocurrió —lo bueno y lo malo— aprendí a no quedarme callado. Aprendí que los secretos pesan, que el miedo se hereda, pero también que el perdón se elige. Y hoy elijo perdonarte. No porque todo esté bien, sino porque quiero soltar lo que ya no me sirve. Porque quiero recordarte como algo más que tus errores.

Donde sea que estés, espero que hayas encontrado algo de paz. Y aunque es tarde, quiero decirte esto: te quise. A pesar de todo, te quise. Y sí, te extraño.

Con afecto,  
F., el que heredó tus fantasmas.

**Diana Ramírez González**

[<<DIAR>>]

Preparatoria Regional de Toluquilla

Mención Honorífica

Guadalajara, Jalisco, septiembre de 2025

Querido Fernando:

Te escribo como si fueras mi amigo de la preparatoria; como si fueras alguien con quien pudiera hablar en la biblioteca, en el patio de mi escuela o hasta por WhatsApp. Aunque solo existes en las páginas de una novela, para mí eres mucho más que un personaje: eres un espejo de lo que siento y pienso en esta etapa de mi vida.

Soy una adolescente que ama leer. Para mí, los libros son como puertas que se abren hacia mundos donde todo es posible. A veces, leer es el único espacio en el que me siento verdaderamente libre, sin juicios ni etiquetas. Al encontrarte en la historia que Jaime Alfonso Sandoval escribió, descubrí a alguien con quien me identifiqué: alguien que también duda, que también se enfrenta a sus propios fantasmas y que busca comprenderse en medio del caos.

Me impactó cómo enfrentas esas presencias extrañas que te rodean, porque, aunque son sobrenaturales, yo las entendí como símbolos de lo que cada adolescente carga en silencio. Yo también tengo fantasmas: el miedo a no cumplir con las expectativas de mi familia, la presión de sacar

buenas calificaciones, la inseguridad de no sentirme suficiente y esa voz interna que a veces me dice que todo lo que hago está mal. Al leerte, me di cuenta de que no estoy sola en esa lucha, aunque mis fantasmas no se vean ni me hablen como a ti.

Tu historia me enseñó que huir de lo que nos asusta no lo hace desaparecer; al contrario, lo vuelve más grande. Tú me diste el valor de mirar de frente a mis temores, aunque sea difícil. Me hiciste pensar que, si tú pudiste enfrentar a tus fantasmas, quizá yo también puedo hacerlo con los míos.

En mi escuela convivo con muchos compañeros que, aunque parecen fuertes, esconden batallas personales. Algunos sufren ansiedad, otros se sienten aislados o tristes, y otros más fingen ser felices para que nadie sospeche lo que pasa en su interior ni en sus casas, porque sé que viven en entornos hostiles, con familias que gritan o incluso golpean para corregir. Gracias a ti comprendí que no debemos juzgar a los demás tan rápido, porque nunca sabemos qué fantasmas los persiguen en silencio.

Lo que más me gustó de tu historia es que, a pesar de todo lo oscuro y lo extraño, sigues siendo un muchacho que quiere ser escuchado, que necesita amigos y que se aferra a la esperanza. Eso me inspiró a valorar la amistad en mi propio mundo. Mis mejores momentos en la escuela no son cuando saco un cien en una materia, sino cuando río con mis amigas entre clase y clase, cuando platicamos de libros o proyectos que me apasionan como cuando alguien me

escucha sin juzgarme. Al igual que tú, descubrí que la amistad es una luz que puede hacer retroceder a los fantasmas.

Quiero confesarte algo: a veces siento que los adultos creen que los adolescentes no entendemos lo que significa tener miedo o sentirnos perdidos. Pero tú me recordaste que no es así, que lo que sentimos también importa y que está bien hablar de ello. Por eso tu historia me dio fuerzas para expresarme más y no reprimir lo que pienso.

Fernando, gracias por recordarme que no necesito esconder mis dudas ni mis emociones. Gracias por mostrarme que ser joven no significa no tener voz, sino que es justamente el momento en el que estamos construyendo nuestra identidad. Aunque sé que eres parte de una novela, me acompañaste como un amigo real y por eso te guardaré en un lugar especial en mi memoria lectora.

Te prometo que terminaré tu historia, pero, pase lo que pase en las últimas páginas, ya dejaste una huella en mí. Como adolescente lectora, como soñadora y como alguien que también lucha contra sus propios fantasmas, te doy las gracias por existir.

Con cariño y admiración,  
DIAR



# Índice

Presentación	5
<b>Carmen Margarita Hernández Ortiz</b>	
<b>Poesía</b>	9
Es inútil escribir poesía	11
<b>Angélica Martínez</b>	
<b>Oswaldo Javier Romero Covarrubias</b>	
El vaso que no se rompe	13
Días sin nombre	14
Carta que no envió	15
<b>Jesús Emiliano Lara Mendoza</b>	
No me veas	16
Llévame a la azotea	17
Eco de la vida	19
<b>Oscar Joel Sánchez Hernández</b>	
La purga y la obra lúgubre	20

<b>Naomi Victoria Gámez Arteaga</b>	
Tallando en mármol	28
Tactismo	30
Ícaros	31
<b>Ivon Samadhi Zinzun García</b>	
Poemario de podredumbre	32
<b>Cuento</b>	43
El hilo joven de las historias	45
<b>Luis Martín Ulloa</b>	
<b>Juan Andrés Vélez Muñoz</b>	
El vuelo de Matías	47
<b>Alondra Nohemí Salazar Quintero</b>	
La casa del acantilado	53
<b>Yahir Vázquez Palma</b>	
Fuego amigo	59
<b>Camila Monserrath Hernández Elizondo</b>	
<i>Morte</i>	65
<b>Katia Carmina Delgadillo Márquez</b>	
El tiempo de María	70

**Microrrelato** 75

Crear desde el nocaut 77

**Sergio Guillermo Figueroa Buenrostro**

**María Fernanda de la Cruz Reyes**

Flores 79

Boda 79

No me olvides 80

Ciego 80

**Ana Sofía Amezcua Oropeza**

La cárcel 81

De película 81

La farsa 82

**Mariana Margarita Pérez Doroteo**

El precio del suicidio 83

Una vida por otra 84

Hasta luego 84

Algo parecido a la muerte 85

Culpable 85

Extrañándote demasiado 85

**Jacqueline Elizabeth Vázquez Amaya**

Suyo 87

Espejo 87

Delicioso cuerpo 88

Testigo 88

## **Nikté Yaretzi López Vaca**

Relación a distancia	89
El mercado del recordar	89
Parada de semáforo	90

## **Audiocuento** 91

Los colores del sonido en la narrativa breve 93

**María Zahira Elizabeth Rico Mora**

## **Brisa Abril Sosa Ortega**

Penitencia	96
------------	----

## **Iván de Jesús Martínez Lares**

Los escaladores de la gran montaña	97
------------------------------------	----

## **Jaime Mendoza Ramírez**

400 años	98
----------	----

## **Donovan Yeraí Duarte Hurtado**

La puerta roja	99
----------------	----

## **Jonathan Adrián Ontiveros Gómez**

El sueño más oscuro	100
---------------------	-----

## **Cartas a Jaime Alfonso Sandoval** 101

Una experiencia a través de otros ojos 103

**Luz Odelinda Orozco Ruiz**

<b>María Isabel Alejo López</b>	
Esta carta huele a café frío...	105
<b>José Alejandro González Lugo</b>	
Lo que no dijimos	108
<b>Carolina Lizeth Robles Pérez</b>	
No sé exactamente por qué escribo esta carta...	114
<b>Diana Ramírez González</b>	
Te escribo como si fueras mi amigo de la preparatoria...	117



## **Creadores Literarios FIL Joven 2025**

### **Jurado de poesía**

Angélica del Consuelo Martínez López

Juan Antonio Cervantes

Angélica Maciel Rodríguez

### **Jurado de cuento**

Luis Martín Ulloa

Blanca Estela Ruiz

Héctor Ríos González

### **Jurado de microrrelato**

Sergio Guillermo Figueroa Buenrostro

Carmina Alejandra García Serrano

Salvador Ricardo Virgen Aguilar

### **Jurado de audiocuento**

Álvaro Moreno Naranjo

María Zahira Rico Mora

Juan Romo

### **Jurado de Cartas a Jaime Alfonso Sandoval**

Luz Odelina Orozco Ruiz

Alejandra Maraveles

### **Responsable FIL Joven**

Efraín Amador Sánchez

### **Corrección**

Fabiola Lizette Plascencia

Patricia Nazareth Hidalgo Sánchez

### **Formación y diseño de portada**

Paola Vázquez Murillo

Editorial Universidad de Guadalajara

Tiraje: 1 000 ejemplares

Se terminó de editar en mayo de 2026  
en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara,  
Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39, interior 32-33,  
Industrial Los Belenes, 45150, Zapopan, Jalisco.



A través de un tejido de voces, las y los jóvenes creadores del Sistema de Educación Media Superior hilan su propia forma de estar en el mundo, conscientes de que la palabra es un acto de resistencia y de que la literatura, aun cuando rompe nuestras murallas internas, continúa sembrando esperanza.

Desde hace treinta años, el concurso Creadores Literarios FIL Joven convoca a nuevas generaciones de escritoras y escritores que se entregan sin reservas al poder del lenguaje. En estas páginas convergen poemas, cuentos, microrrelatos, audiocuentos y cartas que exploran lo fantástico, lo íntimo y lo inquietante.

Cada texto es el testimonio de la lucha por encontrar voz propia, de nombrar el miedo e increpar a la duda. En ellos se dialoga, se transforma y se cuestiona el presente, y este gesto confirma que la literatura permanece como un refugio donde se crea comunidad gracias a la calidez de la creatividad que abre el camino hacia nuevas realidades posibles.



Feria  
Internacional  
del Libro  
de Guadalajara



EDITORIAL  
UNIVERSIDAD  
DE GUADALAJARA